

zas en el mes de enero, veía con despecho consumirse en la inacción su ejército. Estaba bloqueado por los holandeses, pero había hecho canales para que cruzaran el país una especie de navíos de fondo plano, llamados *pleytas* ó balandras para reunirse con la armada naval (1). Esta flotilla de pleitas estaba mandada por el marqués de Renty, los siete mil españoles de Farnesio por Don Diego de Zúñiga, Don Cristóbal de Mondragon, Don Juan de Aguilar y Don Francisco de Bobadilla. Ellos componían la verdadera fuerza de Farnesio, con las veintidos compañías de caballería del marqués de Pescara; pero tenía además veinte mil alemanes y también los del Franco Condado del marqués de Varambon, los irlandeses de Stanley, y los famosos italianos de Spinola y de Capizucca, que tan bien se habían portado en el sitio de Amberes (2).

Imposible moverse de Flandes, mientras el duque de Medina-Sidonia no sea «dueño de la mar (3)». ¿Cuándo aparecerá? Farnesio envía á Lisboa al capitán Morosino para acelerar la partida.

Por fin, el 30 de mayo de 1588, la gran armada sale de Lisboa y se hace mar adentro (4). No sin emoción se sabe esta noticia en el Escorial. «Hácese procesiones cada día en esta casa y rogativas. El 4 de junio, después de maitines, hubo disciplina conventual en el coro por el buen suceso de la armada; y en este día se comenzó á velar el Santísimo Sacramento por dos frailes, por horas, de noche y de día por todos los frailes de la casa. El 26 de junio á las siete horas de la tarde, vino una solemne procesion en que venían ciento veinte disciplinantes. Estuvo el rey y el príncipe Don Felipe y la Señora Infanta doña Isabel en una ventana á ver la procesion (5)». Sábese el día siguiente que la armada está aún en los puertos españoles. Háblala sorprendido una tempestad al salir de Lisboa, y no atreviéndose á continuar su rumbo hácia Inglaterra, so pena de perder algunos navíos, el duque de Medina-Sidonia había hecho la señal de buscar abrigo en el Ferrol. Y hé aquí desorganizadas las escuadras, desembarcadas las tropas y en pugna las tripulaciones españolas, portuguesas é italianas. El tiempo pasa y Alejandro Farnesio tiene noticia de este desorden: sabe que la armada hubiera

(1) Le Petit, t. II, p. 550.

(2) Don Carlos Coloma, la *Guerra de los Estados Bajos*.

(3) *Ibid.* p. 7.

(4) *Doc. inéd.* t. VII, p. 429.

(5) *Ibid.*

podido fácilmente continuar su rumbo, á pesar del mal tiempo, como quiera que una division de la escuadra de las urcas, que no comprendió las señales de la almiranta, llegó bien á las islas Sorlingas, segun las órdenes primitivas, volviendo sin graves averías á la Coruña. Si, pues, no se ha partido, es porque no se ha querido partir: Farnesio así lo cree... no habrá, por consiguiente, expedicion este año. Por otra parte, con la lentitud conocida, se dejará pasar el verano ántes de reunir y abastecer de nuevo los dispersos navíos. ¿No hay razon para suponerlo cuando se viene prometiendo por espacio de dos años esa armada invisible? Farnesio pierde la paciencia y renuncia á la expedicion.

Sin embargo, al cabo de un mes, se reúne la armada en el Ferrol, y parte de nuevo el 22 de julio. Dentro de algunos días las dos terceras partes de los hombres que lleva habrán desaparecido.

#### IV.—Preparativos en Inglaterra

Los regimientos ingleses estaban en Holanda y la reina Isabel no tenía ni ejército, ni armada, ni aliados. Su favorito Leicester acababa de perder todo su prestigio, después de sus torpezas y malversaciones en el continente: háblalo visto á sus piés, tan abatido y lloroso, que desde luego lo dispensó de dar cuenta de los caudales distraídos. Lo nombró luego jefe de las fuerzas de tierra; pero estas fuerzas sólo comprendían sus guardias y las guarniciones de las fronteras de Escocia, y su marina real apenas llegaba á una docena de barcos mal armados. La reina veía con inquietud á Irlanda dispuesta á sublevarse y á Escocia dividida entre un rey, cuya madre acababa ella de matar, y una turba de puritanos que la consideraban como una nueva Jezabel con sus obispos y su liturgia: con esto pidió auxilio al Sultán. «El español y el impostor de Roma, le decía (6), deben ser castigados como idólatras con la proteccion del Dios que nosotros dos adoramos.»

Pero sobre todo se aferró hasta la última hora á esperanzas de paz, y á mediados de julio envió otra vez sus genoveses á Farnesio. No podía resignarse á vaciar las arcas que con tanta fruicion había llenado y rompía en arrebatos de furor cuando se le hablaba de compras de armas ó de víveres.—No será su dinero, no

(6) Julian Klaczko, *Revista de Ambos Mundos*, del 15 de octubre de 1878, segun documentos alemanes.

serán sus joyas lo que nos salvará, exclamaban con despecho los marinos. Hasta se negó á que se reparara su navío *Elizabeth Jonas*.—¿Que lo quemem, pues! dijo el lord almirante (1). Cuando, en fin, cede los barcos y deja llamar á las tripulaciones, tiene muy buen cuidado de exigir economías en la manutencion de los hombres, haciendo que se supla la carne y cerveza que se daba á los marineros con pescado y aceite, como en las galeras españolas. Pero no consiente en comprar pólvora. La única medida que no la embaraza es la prision de los católicos y se tiene la seguridad de complacerla denunciando á un papista. «He preso á mi abuela Lady Constanca Foljamb, escribe un cortesano (2), y la tengo encerrada bajo mi guarda.» La Torre está llena de sospechosos condenados á permanecer en ella «todo el tiempo que sea del agrado de la reina.»

Pero los ingleses no son de una raza que se sacrifique á las manías é incapacidad de un soberano: déjense arrastrar, á la nueva de un peligro, por el soplo del patriotismo, arman de cañones sus barcos de comercio, ponen en comun sus armas y dinero, improvisan una armada nacional. La city de Londres convierte á su costa treinta barcos mercantes en buques de guerra. La aristocracia inglesa, que defendió siempre los derechos del país, se esparce por los puertos, compra embarcaciones, trae de Holanda cañones y pólvora, funda el primero de los periódicos, *The English Mercury*, para sostener el entusiasmo popular (3), persuade al rey de Escocia de estar igualmente amenazado y reservado por Felipe II «como Ulises por el ciclope, para ser devorado el último.»

Este contraste entre la apatía del gobierno y el entusiasmo de la nacion pudo engañar á los españoles sobre la resistencia que encontrarían. Su servicio de espionaje era tan complicado y costoso como en Francia; pero cometieron la falta de utilizar, sobre todo, á los jesuitas ingleses ó á los seminaristas de Reims que acogían las noticias más necias con la ingenuidad del emigrado ó del recluso. Lo que estos buenos clérigos juzgaban á propósito dar á conocer á Felipe II, en medio de aquel ruido de armas, era que en las ventanas de la cámara de la reina se había encontrado gran número de piojos... que treinta grandes peces, llamados

vulgarmente puercos de mar, habían subido del rio hasta la misma puerta de la reina (4). En medio de sus indicaciones uniformemente favorables, no pueden discernirse en España las que son exactas. ¿Debe creerse que el pueblo inglés desea la paz, y que los que se arman están á lo ménos tan dispuestos como los españoles á saquear á Londres (5)? ¿O bien que falta pólvora en todos los puertos? Este último dato es sin embargo el bueno. Medina Sidonia no tendria nada que temer, si estuviera seguro de ello. Mas para cerciorarse de estas noticias de los católicos proscritos, no posee Felipe más que las cartas de París. En París sostiene con el seudónimo de *Julio* á un inglés, que ve diariamente á lord Stafford, embajador de Isabel, que recibe de Isabel un sueldo considerable, y está al corriente de todos los secretos de Inglaterra. Este hombre es enemigo de Walsingham y se queja de no recibir sus honorarios, lo que le basta para venderse á Felipe (6). Fué sobre todo utilizado para obtener los secretos que Enrique III comunicaba sin desconfianza á un agente inglés (7); y no prestó servicios contra su país hasta el año siguiente.

Pero aún cuando Felipe II hubiera tenido corresponsales más útiles, habría comprendido difícilmente aquel movimiento espontáneo, fogoso, que trasformaba en barcos de guerra todas las embarcaciones del país y los dotaba de capitanes habilísimos, de artilleros diabóli-

(4) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 66 del 1.º de abril 1588.

(5) *Ibid.* pieza 58, del 21 marzo 1588. «El pueblo desea grandemente la paz... una infinidad de compañeros que no desean ménos el saco de Londres que los españoles.»

(6) Este inglés debía ser un diplomático importante, puesto que tenía conversaciones con el rey de Francia fuera de la presencia de lord Stafford y un sueldo bastante crecido. (Se queja de que se le debían 2,500 escudos de paga y recibe 1,000 de Mendoza. Ms. Arch. nac. K. 1567, pág. 71, Mendoza al rey, del 5 abril 1588, y pág. 99 del 26 de junio 1588. Véase también *ibid.* p. 100). No era ciertamente Anthony Poyns, señalado por Mendoza á Felipe II (el 6 de marzo 1586, Ms. Arch. nac. K. 1564, p. 57) como un gran señor que había combatido en los Países Bajos á las órdenes de Julian Romero, primero, y á las órdenes de Leicester después, y solicita servir á Felipe II, si se le da algun cargo en Flandes. No es Richard Burleigh que residía en el Havre y daba por dinero noticias de los ingleses á los españoles (Ms. Arch. nac. K. 1575). ¿Sería William Waad que se hallaba en Francia en 1587? Estaba en Viena en 1583, vino á ser á su regreso secretario del Consejo y parece haber conservado este puesto hasta 1605, época en que fué nombrado teniente de la Torre. Se le da por ausente de Londres, de muchos meses atrás, en abril de 1587, por Carlos Merbury en carta conservada en el *Record office*; pero probablemente no estaba ya en Francia en 1588. A instancia mia, Mr. Alfredo Kingston me ha hecho el favor de buscar indicaciones en los Archivos del *Record office*, y me indica una carta de lord Stafford, abril 1587, en que habla de un tal Gratley que podría hacerle grandes servicios sonsacando noticias de la embajada de España. «To get things out.» Me comunica igualmente una carta de lord Stafford excusándose con Cecil de conservar consigo en París, á pesar de su prohibicion (20 de enero de 1585) á un tal Lilly, sospechoso al gabinete inglés. Lilly permaneció con lord Stafford á lo ménos hasta julio de 1589.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 71.

(1) «Either she is fit now to serve or fit for the fire.»

(2) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 375. Sir Godefrey Foljamb to the earl of Shrewsbury, 26 febr. 1588.

(3) Sólo se conoce el número 50 del 23 de julio (2 ag.) 1588.

cos, de marineros que no tomaban reposo ni alimento. Cuando fué á Inglaterra Felipe II á casarse con María Tudor, había encontrado un pueblo ménos adelantado que España en civilización: la distancia era grande. Pero han pasado treinta años y se han invertido los papeles. En este momento Inglaterra es la más viva y vibrante. Así, mientras leyendo los nombres de los almirantes españoles no se ven más que hombres rígidos, silenciosos, sujetos á una fórmula hierática, se encuentran, al contrario, entre los jefes ingleses semblantes muy distintos, caracteres netamente cortados.

Cárlos Howard era el *lord high admiral*. Había sucedido á su padre tres años ántes en este cargo, sin haber mandado un barco en su vida. Su notable belleza, su flexibilidad de cortesano y sus lazos de parentesco con la reina eran sus únicos títulos. Pero su vigor corporal lo hacían simpático entre los marineros. Tomaba parte en todas las maniobras con ocurrencias jocosas, levantaba un ancla con sus propias manos, y aseguró su influencia tomando por vicealmirantes al viejo Hawkins y á Drake, los dos héroes de las leyendas del Nuevo Mundo.

Entre los voluntarios que acudieron con sus navíos, había marinos tan audaces como Hawkins y Drake y eran Frobisher, Raleigh, Cumberland.

Martin Frobisher, tan robusto como el lord almirante, era un sabio modesto; y no dejó de pensar en los grandes problemas del polo norte, sino para acudir en defensa de su patria.

Walter Raleigh estaba dotado de cualidades extraordinarias: empeñado casi desde su niñez en las guerras de Holanda, se encuentra por el solo instinto hecho todo un cortesano y un

poeta galante. El fué quien pareciendo por la primera vez delante de Isabel, tira su capa sobre el lodo, que la reina vacilaba en pasar para descender á su eskuife. Arrastrado muy luégo á las frivolidades de la corte, viene á ser el primer marino y el primer sabio de la época: conquista inmensas provincias en América, á cuyo territorio llama Virginia con alusión á su reina, siempre vírgen; trae el tabaco y la patata (1) y está destinado á ser el mayor azote de las colonias españolas.

Cumberland descendía de Guillermo el Conquistador. Su familia había sido proscrita en las guerras de las Dos Rosas; y estaba él olvidado, cuando se presentó en un torneo y pareció tan bien, que arrodillado ante la reina que pedía su nombre, vió deslizarse al suelo uno de sus guantes, que él recogió y llevó toda su vida en el sombrero.

Igual era la fortuna del conde de Oxford, sir Cárlos Blount. Descendía de un conquistador normando, llamado La Blonde; pero su familia se había arruinado en las guerras civiles. Presentóse á los veinte años en el palacio de Whitehall, estando la reina á la mesa y fué mirado, retenido, pensionado. Ahora se improvisa marino: con él parte Roberto Cecil, hijo del primer ministro. Roberto es delicado, enfermizo; sin embargo, abandona su gabinete de trabajo, arma un barco y se mete en la mar (2). Lo mismo hizo el conde de Northumberland, el amigo del rey de Escocia; lo mismo hicieron todos aquellos á quienes sólo se hubiera creído dispuestos á disipar su vida en fútiles devaneos ó en proyectos de conspiración.

La armada está á fines de julio compuesta de la manera siguiente (3):

Navíos	Tonelaje	Cañones	Hombres	Comandantes
Triumph. . . . .	1,600	34	900	Francis Drake.
White Bear. . . . .	1,500	31	800	Lord Sheffield.
Elizabeth Jonas . . . . .	1,300	31	700	Sir Roberto Southwell.
Victory. . . . .	1,200	34	700	Barker.
Arch Royal. . . . .	1,200	31	700	Lord Howard.
Golden Lion. . . . .	1,100	25	500	Tomás Howard.
Edward Bonaventure. . . . .	800	23	500	El hijo del duque de Somerset.
Avantgard. . . . .	800	29	700	Winter.
Rainbow. . . . .	900	22	500	
Nonpareil. . . . .	400	25	500	Henry Bellingham.
Antilope. . . . .	600	18	400	Frobisher.
Mary Rose. . . . .	500	23	500	Fenton.

(1) Sabido es que los irlandeses cultivan la patata desde 1586, segun Meyen, *Geography of plants*, 1846, pág. 313. No debió de ser introducida por Raleigh hasta 1610 en su propiedad de Youghall cerca de Cork, segun Mac Culloch, *Dictionary of commerce*, 1849, página 1048.

(2) Es el que vino á ser *earl* of Salisbury y es ascendiente de los Salisbury actuales.  
(3) Véase Hakluyt, tom. I, pág. 599; pero los detalles del efecto se dan en un documento sustraído por Mendoza de la embajada inglesa y conservado Arch. nac. K. 1567, piezas 21 y 22. Creo que parte de estas indicaciones es desconocida.

Navíos	Tonelaje	Cañones	Hombres	Comandantes
Dread Naught. . . . .	400	16	500	Lord Chesterfield.
Faureau. . . . .	300	16	500	Torner.
Swift Sewer. . . . .	500	23	500	
Tramontane. . . . .	300	22	300	Varde.
Providence. . . . .	300	15	400	
Hirondelle. . . . .	300	19	400	Unton.
Revenge. . . . .	450	23	500	
Ayde. . . . .	250	15	300	
White Lion. . . . .	200	11	200	Cárlos Howard.

Se había armado también el galeon *San Felipe*, llamado ya *Leicester*, al mando de Jorge Fenner, y todavía fueron llegando para fines de julio el *Tiger*, mandado por Boston, la *Richesse*, por Acat, y las nueve pinazas:

Charles. . . . .	de 60 toneladas,	7 cañones	y 60 hombres.
Espion. . . . .	» 30 »	8 »	30 »
Scout. . . . .	» 20 »	6 »	50 »
Sol. . . . .	» 18 »	4 »	20 »
Luna. . . . .	» 15 »	5 »	20 »
Fantasia. . . . .	» 20 »	3 »	12 »
Synet. . . . .	» 16 »	4 »	12 »
Galore. . . . .	» 15 »	3 »	12 »
Prince Noir. . . . .	» 18 »	5 »	20 »

A estos treinta barcos hay que añadir unas ciento cincuenta barcas que de todos los puertos del reino acuden de comun acuerdo (1); pero cuyo tonelaje es rara vez superior al de las pinazas. En algunas horas se da la instrucción: los cuatro primeros navíos hacen las maniobras; avanzan, sueltan la andanada y se deslizan evitando el abordaje: el enemigo será así acribillado á cañonazos. Excítase la moral de los hombres con hábiles historietas. « Los españoles llevan, les decían (2), una nao cargada de cuerdas para ahorcar á los ingleses y otra nao cargada de azotes para azotar á las mujeres, con tres ó cuatro mil amas para criar las criaturas de teta; y los que fuesen de diez años los herrarian en la cara. »

Pero todo lo que no puede crearse por la exaltación nacional, todo lo que debe prever el gobierno, todo hace falta: la cerveza, por poca que se suministre, es agria; los polvorines están vacíos, y lo que sobre todo falta es ejército.

La leyenda ha imaginado, sin embargo, un ejército en el campo de Tilbury. Se ha pintado á Leicester cubierto con un coselete damasquinado, acogiendo á la reina vírgen y galopando con ella entre las aclamaciones de los soldados:

(1) Hakluyt, p. 599. «Gathered out of all havens of the realme resorted ships and men, for they all with one accord came flocking thither.»  
(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 131. Memoria de un inglés á Felipe II, anotada de mano del rey... La leyenda era aceptada por todos los protestantes. Le Petit, tom. II, pág. 563, repite que los niños de los ingleses serán marcados en la frente como esclavos.

iba ella vestida de Belona en un caballo blanco, con el cetro de marfil en la mano, y el pecho encerrado en una coraza de acero que se enlazaba sobre blanca túnica de seda flotante; agitábase en su casco un penacho de plumas de avestruz y caían sobre sus hombros los rizos de una peluca blanca: *Dux femina facti*, dicen las medallas que hizo ella grabar.

La realidad es ménos novelesca: la blanca Belona iba á entrar en los cincuenta y seis años; llegó al campo de Tilbury mucho tiempo despues de que hubiera desaparecido la armada española; ni el ejército existió, sino para esta revista teatral y tardía. Leicester se queja de casi solo á principios de agosto; el 4 de agosto escoge el sitio del campamento (3); el día siguiente se lamenta de ser el cocinero y proveedor de los cuatro mil hombres que acaban de llegar «sin una ración, sin un tonel de cerveza, sin un pedazo de pan (4).» Al mismo tiempo la escuadra que sostiene el cañoneo hace muchos días, le pide pólvora, y él no tiene un grano de pólvora. El 8 de agosto, cuando el duque de Medina Sidonia hubiera podido estar delante de Londres, no tiene Leicester más que sus cuatro mil hambrientos (5).

Sólo por mar puede luchar Inglaterra, y está perdida si sus marinos no la salvan.

(3) Leicester to Walsingham, 4 agosto 1588. «I did make choice of the ground for the encamping.»  
(4) I am here cook, gatherer and huntsman without one meal of victuals, not one barrel of beer, nor loaf of bread.»  
(5) Citado por Motley, tom. II, pág. 514.

## V.—La batalla de diez días

Después de seis días de travesía, el duque de Medina Sidonia se halló el jueves 28 de julio (1) á treinta leguas de las Sorlingas con cuarenta y cinco brazas de fondo y viento fresco del S. O. (2). En aquel momento comprendió acaso por la primera vez lo que faltaba á su armada: iba provista de todo lo que habia podido imaginar la prevision del monarca más prudente; no se habia olvidado embarcar ciento setenta frailes y se habia tenido buen cuidado de elegirlos de la Iglesia de Portugal para desembarazar al país de incómodos adversarios; hasta se habia procurado un barco de cortesanas (3) segun se dijo; pero no se poseia ningun piloto. El duque sabe muy bien que va á Margate; pero la incertidumbre del derrotero lo turba. Si aquel mismo día se hubiera atrevido á fondear en Plymouth, como ántes hizo Drake en la bahía de Cádiz, acaso hubiera podido destruir la armada inglesa; hubiera podido poner en tierra sus regimientos; ninguna fuerza preservaba á Londres (4). Pero estas inspiraciones no iluminan nunca á los tenientes de un monarca meticuloso y receloso. Medina Sidonia, que ha perdido ya cuatro galeones portugueses al salir de Lisboa (5), nota con asombro que le faltan hoy cuarenta y tres navíos: consulta á Don Alonso de Leyva, su segundo, y envía tres pataches (6) al cabo Lizard en busca de los barcos extraviados: con esto pierde dos días más, cuando con rápidas maniobras habria sorprendido á los ingleses en sus últimas horas de formacion.

(1) Sabido es que los ingleses no admitieron el calendario gregoriano hasta 1752: hay pues una diferencia de diez días entre sus narraciones y las de los españoles. Muchos contemporáneos nuestros han conservado las fechas inglesas (Froude, Frank Jones). Hé aquí, para mayor claridad las fechas inglesas:

Julio 4. 1588.	Jués 4. Leicester escoge su campo.—Se cerca al almirante inglés.
Viernes 22. Partida de Coruña.	Viernes 5. La armada inglesa espera pólvora.
Jués 28. Reúnese la armada en el cabo Lizard.	Sábado 6. La española llega á Calais.
Viernes 29. Id.	Domingo 7. Estancia en Calais.—Brulotes.
Sábado 30. Encuentro con la armada inglesa.	Lúnes 8. Combate de artillería.
Domingo 31. Primer cañoneo.—Explosion del barco de Oquendo.	Mártes 9. El viento sopla hácia Zelanda.
Agosto.	Miércoles 10. Día de San Lorenzo.—Violenta tempestad del Sur.
Lúnes 1.º Se divide la armada.	
Mártes 2. Nuevo combate.	
Miércoles 3. Reposo.	

(2) Cabrera, tom. III, pág. 293.

(3) D'Aubigné, *las Historias*, tom. III, pág. 87. «Había en un navío una multitud de... para el... pero esto no debía ponerse en uso hasta que pasara el miedo de la mar.» Los mismos informes se habian dado al almirante inglés. Hakluyt, t. I, p. 607. «The ships with the spanish women wich followed the fleet.»

(4) Véase la memoria de un genovés al servicio de los ingleses. «Se tiene por cierto que fácilmente se haría fatta padrona di quello.» Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 10.

(5) *Ibid.* Uno encalló en Bayona; los otros tres volvieron á Lisboa y no tomaron parte en la lucha.

(6) Cabrera, tom. III, pág. 293.

Al ver que la armada se acercaba á Plymouth y luégo, volviendo mar adentro, desaparecía, cobran aliento los capitanes ingleses, que tienen en tierra parte de sus tripulaciones; acaban de escaparse del peligro «á lo ménos tal fué el parecer de muchos marinos hábiles, porque hubiera sido mucho más ventajoso para los españoles detenerse en Plymouth, cuando no estábamos nosotros preparados aún para el combate: era tambien la opinion de la mayoría de sus almirantes (7).»

El sábado 30 toda la armada de España avanzaba en orden de batalla, en medio de una menuda lluvia, cuando por la noche vislumbró al través de la bruma los navíos ingleses á poca distancia (8) y se detuvo.

A las dos de la madrugada la luna traspasa la niebla y alborea la cresta de las olas; á su incierta claridad se ven los enemigos á tiro de cañon (9). Muy luégo se cubren de velas los barcos ingleses, se deslizan bajo el vientre de los galeones, sueltan su andanada y huyen: es la maniobra que se les ha enseñado. Contra estos rápidos y fugaces enemigos son impotentes los pesados barcos españoles; sus cañones asestan demasiado alto, y sus movimientos son por demás pausados. Estréchanse unos con otros (10) sin poder hacer otra cosa, porque los ingleses iban con el viento y, mejores veleros, gobernaban tan hábilmente sus barcos que hacian de ellos cuanto querian (11). El duque no se atreve á avanzar; teme que alguno de sus barcos caiga al menor descuido en poder del velocísimo enemigo, y procura formar un cuadro, sufriendo con paciencia el hierro de los cañones ingleses. Pero poco á poco se introduce la confusion en aquella masa compacta; Miguel de Oquendo, que ve con despecho la inferiori-

(7) Hakluyt, t. I, p. 595. «According to the judgement of many skilful navigators, they greatly overshot themselves, whereas had bene more commodious for them to have staid themselves there, considering that the englishmen being as yet unprovidet... it is reported that the chiefs commanders in the navy and those wich were more skilful in navigation... found fault that they were bound unto so strict directions and instructions.»

(8) Herrera «y no se pudieron contar por cerrazon y llovizna.»

(9) Las narraciones de Cabrera y Herrera parecen hechas por referencias de testigos oculares; á lo ménos están en completa concordancia con los diarios de á bordo publicados *Doc. inéd.* t. XIV, pág. 449 y sig., y t. XLIII, p. 417 y sig. con el que analiza Froude y el Ms. del contador Pedro Coca Calderon, y con las indicaciones de Hakluyt, *the Principal Navigations*; t. I, p. 591 á 607. La misma concordancia hay con la relacion italiana Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 10, con la de la galeaza *Zúñiga*, *ibid.* pieza 123, y en fin con las varias memorias de la carpeta K. 1568, dirigidas á Felipe II, Mendoza y Alejandro Farnesio.

(10) Hakluyt, t. I, p. 597. «Gathered themselves close.»

(11) Herrera, t. III, p. 162, copia esta frase del diario publicado *Doc. inéd.* t. XIV. «Y tan gobernados que hacian de ellos lo que querian.»

dad del tiro español en presencia de los ágiles artilleros ingleses, golpea al jefe de sus artilleros, el cual baja á la bodega y da fuego á la Santa Bárbara: este navío se pierde. El *Santa Catalina*, tripulado por el almirante Don Pedro Valdés, choca con una galeaza y queda fuera de combate. Esta primera jornada acaba en fin. Medina Sidonia cree aquella noche que debe continuar su rumbo hacia Margate y abandona el *Santa Catalina*. Los barcos *Triumph* y *Victory* caen sobre esta presa, se apoderan de ella y se reparten *cuarenta mil ducados del rey* que encuentran en su cámara, con doscientos barriles de pólvora, que es lo más precioso.

El lunes 1.º de agosto el tiempo está claro y la mar rizada. Don Alonso de Leiva maniobra con las galeras procurando tomar al abordaje un navío inglés; pero los ingleses saben que el viento sopla con regularidad á las mismas horas de marea, conocen las corrientes y saben hacer remolcar oportunamente sus navíos por barcas: el día trascorre tambien bajo una lluvia de balas. Los españoles quieren un combate de infantería; los ingleses no quieren combatir sino á cañonazos.

El miércoles se reproduce la misma lucha entre la marina de alto bordo, de poderoso casco y la inquieta y fugaz escuadra. «Los ingleses tenían una gran ventaja, porque sus navíos eran ligeros, se alejaban súbitamente y sabian siempre aprovecharse de la marea y del viento.» Pero lo que más admiraba á los españoles era la prodigiosa actividad de los artilleros ingleses: no podian comprender ellos cómo en tan poco tiempo se podian cargar y apuntar las piezas.

Es el miércoles: la batalla dura hace cuatro días. Medina Sidonia, que tanta prisa se daba el primer día en meterse en una rada inglesa hasta el punto de abandonar á Valdés y su navío, parece ahora aturdido con su armada que se arremolina en el estrecho y se deja acribillar por las balas enemigas. Hubo un momento en que esperó apresar á lord Howard y su *Arch Royal*. «Se creyó que se iba en fin á luchar al abordaje, que era nuestra única probabilidad de vencer; pero en aquel mismo momento comenzó á refrescar el viento y aprovechándose de ello el almirante enemigo, se desembarazó de nuestros navíos y desapareció en el horizonte» (1).

Encontráronse á la tarde en las aguas de la isla de Wight: los ingleses no tienen ya pólvora y la piden en todos los puertos, desguarneciendo sus barcos de hombres de faena que van á bus-

carla (2). Esto da algunas horas de descanso. Las tripulaciones españolas se hallan fatigadas con esta lucha incesante, y el día siguiente se decide el duque á no exponerse ya así al fuego de los cañones enemigos: al propósito da orden de dirigirse á Dunkerque esperando encontrar á Farnesio; á lo ménos tendrá así algunos días de reposo. Su armada obedece á la orden y la escuadra inglesa lo escolta sin disparar un cañon por espacio de diez horas: no debe gastar su poca pólvora en salvas. Con esta amenazadora escolta llega el duque á las costas de Francia, ve la rada de Calais y se mete en ella el sábado á las cuatro de la tarde. Durante una semana apénas se habia interrumpido la batalla.

Esta prisa en guarecerse, como reses acosadas, en la rada de Calais, en vez de continuar su rumbo hácia Dunkerque, prueba el abatimiento de los españoles. Fatigadas sus escuadras por aquellos pequeños y veloces barcos cuyos cañones las acribillan, vuélvense hácia Farnesio sin tener siquiera fuerzas para acogerse cerca de él y se refugian bajo los cañones franceses. El infatigable enemigo que las ha seguido siempre, cierra la rada luégo que han entrado y se declara vencedor. Desde lo alto de los muros de Calais, va á presenciar la última escena la guarnicion francesa.

El sábado por la noche, cuando las tripulaciones comienzan á gozar de alguna seguridad y reposo, envia Medina Sidonia á Don Rodrigo Tello y á Don Pedro de Leon cerca de Alejandro Farnesio á pedirle socorro. — A dicha, contesta Alejandro, ¿tengo yo barcos de guerra, ó he de combatir con mi caballería la escuadra inglesa? Tócale al duque despejar la Mancha: cuando tenga el paso libre, embarcaré mis soldados en barcos chatos.

La armada española no ha perdido más que tres barcos; puede reparar sus averías y proveerse de municiones en la rada de Calais. Nada apremia; y algunos días de descanso van á levantar la moral de los marinos. Acaso van á recibirse pilotos de Dunkerque ó de Holanda. La superioridad material de la armada es tan abrumadora que no le causan inquietud ninguna los doscientos barcos que se agitan en lontananza. Y deja pasar tranquilamente el domingo, y por decirlo así, se duerme.

La luna no brillaba sino por la madrugada. En la sombría noche, en el momento preciso de

(2) Hakluyt, t. I, pág. 599. «Were nowe constrained to send their men on land for a newe supplie of gunne-powder.»

(1) *Doc. inéd.* t. XIV, pág. 457.